GT 49: Fútbol, cultura y sociedad

El sinuoso proceso de constitución de la identidad nacional y futbolística

Rafael Bayce, Ph. D.

Sociología, Facultad Ciencias Sociales, Udelar.

rjebayce9@hotmail.com

Lo que sigue son más especulaciones fundadas que afirmaciones científicamente comprobadas, o falsadas, o corroboradas en un sentido convencional; aunque quizás serían merecedoras de un estatus de hipótesis en un modelo positivista radical que no comparto. En realidad es una «interpretación» de la conformación interactiva de identidades nacionales globales y de identidades específicamente futbolísticas en el Uruguay, tomando a la «creatividad interpretativa» como un elemento tan o más valioso que la «corroboración empírica o fáctica»; en efecto, sin la interpretación creativa nada interesante puede decirse sobre la realidad, en tanto que la mera prolijidad o aun exhaustividad empírica son notoriamente insuficientes para ello si no son guiadas por teoría. Una interpretación densa, ilustrada en profusos antecedentes pertinentes, sintética de múltiples insumos anteriores, no solo puede iluminar por sí misma sino inducir una corroboración mucho más rica que otra teóricamente pobre aunque fáctica o empíricamente cuidadosa. La prioridad epistémica, entonces, de la creatividad interpretativa sobre la prolijidad o exhaustividad empírica es clara para mí, sin perjuicio de la obvia preferencia por aquellos productos que aúnen creatividad interpretativa con sofisticación empírica metódica. Paro pensar que un método de por sí —o un conjunto de coeficientes, peor— es lo que la ciencia nos da y exige para develar la realidad, y que debe priorizarse la sofisticación metódica para cumplir con los requisitos de «lo científico», son graves errores epistémicos que ya han empobrecido y amenazan seguir mediocrizando la producción en las ciencias sociales. Que un académico crea que solamente puede aportar científicamente a algo mediante el test empírico nomológico-deductivo de afirmaciones teórica, o que algo solo vale si cuenta con documentos que lo avalen pone sistemáticamente la carreta por delante de los bueyes, cuando sólo

reflexionando o interpretando puede proponerse búsquedas empíricas interesantes; radicar la ciencia en los tests empíricos es una regresión ultra positivista desdeñable. Quien crea que en el proceso de test empírico se camina sin tropiezos operacionalizando ciega y acríticamente, como si no hubiera pérdidas de sentido enormes en este proceso, contribuye con un cáncer que ha corroído a las ciencias sociales por su servilismo epistémico a un modelo y paradigma de la ciencia creados y sostenidos por las «ciencias duras» en el siglo XIX, y que ni siquiera ellas defenderían hoy ni hubieran defendido durante la mayor parte del siglo XX los mejores de entre ellos. Excelentes mentes y trabajadoras manos pierden el tiempo como máquinas cuantofrénicas (Sorokin) que solo se autoestiman como científicas si operacionalizan y testan empíricamente afirmaciones de un nivel de generalidad más alto y consideran que quienes sigan construyendo en esos niveles son meros ensayistas a lo más pre o proto científicos, que serán redimidos de su inferioridad cuando algún estreñido metodólogo transforme su loca elucubración en pedestre modelo de cálculo formalizado y operacionalizado de empírea teoría estéril.

Ese proceso de constitución de las identidades nacional y futbolística del Uruguay es, diacrónica y sincrónicamente, interactivo y complejo en varios sentidos.

1. Porque rasgos de una identidad influyen en la otra, trenzándose en sus devenires.
2. Porque auto-imágenes (imágenes generadas y exportadas desde lo futbolístico hacia lo nacional y desde lo nacional hacia lo internacional) y hetero-imágenes (imágenes producidas e importadas hacia lo futbolístico desde lo nacional y hacia lo nacional desde lo internacional) interactúan sutilmente.
3. Porque todas ellas sufren refracciones y reflejos de proyección e internalización en esos procesos.
4. Porque quizás algunos rasgos pre-deportivos y pre-nacionales —en el sentido institucional— pueden remontarse hasta la Conquista española y a la lucha contra la competencia colonial de Portugal.
5. Intentemos, para los efectos de esta ponencia, dentro de tan vasta empresa, sugerir un hilo de desenvolvimiento de rasgos futbolísticos específicamente uruguayos e identitarios en diversos vínculos con rasgos identitarios más globales, que aparecen consecutiva, diacrónicamente, aunque pueden coexistir sincrónicamente en estadios tardíos de su confluencia histórica.

En efecto, algunos rasgos que pueden pasar por actuales podrían retrotraerse:

a) A Montevideo como relativamente pequeño pero estratégicamente importante y con cierta autonomía.

Por eso disfrutaba de un estatus autónomo la Gobernación de Montevideo en el Consejo de Indias, al interior de su subordinación sucesiva a la hegemonía bonaerense de los Virreinatos del Perú y del Río de la Plata. En efecto, la Gobernación de Montevideo, —semilla de la que saldrán la Banda Oriental, la abortada Provincia Oriental y la República Oriental del Uruguay—, subordinada administrativamente a dichos virreinatos, tenía, sin embargo, asiento autónomo en el Consejo de Indias, tal era su importancia como fortaleza y puerto para España en su lucha inicial con Portugal y luego frente a varios avatares amenazantes (invasiones inglesas, invasión napoleónica en Europa, etc.) Eso generó conciencia de importancia pese al tamaño, y un alto espíritu autonomista, porque decisiones virreinales subordinantes podían revertirse o matizarse vía el Consejo de Indias. La restallante postura autónoma del Cabildo Abierto montevideano de setiembre de 1808, de «acatar pero no cumplir» resoluciones de un virrey considerado ilegítimo por responder a una España napoleónica, cuando el rey Fernando VII y las juntas locales eran considerados los verdaderos depositarios de la soberanía del reino del que se Montevideo se consideraba parte. Ese mismo espíritu autonómico lleva a Montevideo a adherir a la Revolución de Mayo con bemoles y cierta dilación temporal, hasta en el caso del mismo Artigas; ni qué hablar de la autonomía pensada por Artigas. La independencia saltó por encima de la autoconciencia de autonomía que casi siempre cultivó históricamente Montevideo, como embrión de nación.

b) A la muy marcada identificación mítico-legendaria con David y no con Goliat, típica de nuestro ideario judeocristiano constitutivo básico: el lado noble del pequeño.

Las vicisitudes de su carácter de pequeño y subordinado, pero importante puerto-fortaleza, se alimentarán de la leyenda mítica de David y Goliat, que se nutrirá posteriormente con otras mitologías y leyendas. No olvidemos que el ahora tan laico y por momentos anticlerical Uruguay fue colonia de un país de catolicismo muy tradicional y conservador, casi origen de la contrarreforma, que tuvo como religión del Estado a la Católica Romana —desde 1830 a 1917 al menos—, al interior de la cual, en la socialización infantil, la leyenda de David y Goliat ocupa un lugar destacado, más tarde reforzado por la ubicación capitalina cada vez más central del monumento a David, en copia del de Miguel Ángel, en el centro de Montevideo. Aunque pueda parecer rebuscado, el imaginario se alimenta con elementos cotidianos arquetípicos fuertemente compartidos, como podría ser éste. Aún más hondamente que la picaresca española, el mito de David y Goliat tiene buena recepción entre quienes son pequeños entre gigantes

porque les da esperanzas de superar esa pequeñez mediante el ingenio, la valentía y la destreza con las que David, contra los pronósticos, venció a Goliat. Quizá esté en el origen de la facilidad con que los deportistas uruguayos aprecian su posición como no favoritos y declaran que la superación de su desfavoritismo «es para los que no creían en nosotros», en el célebre apócope gramaticalmente incorrecto de «pa' los contras», que son todos aquellos que no creían en las posibilidades de David frente a Goliat. A los uruguayos les molesta la posición de favorito o más poderoso Goliat; los pone en la obligación de responder al favoritismo y no les gusta el riesgo de no poder responder a él y que otros Davides los derroten como Goliats. Parece una gran virtud rebelde nuestra la de ser particularmente aptos para superar adversidades y desfavoritismos; pero tiene su contracara en la dificultad —vicio, carencia— para manifestar superioridades teóricas; espíritus tímidos con temor al ridículo, inseguros, se miran en el espejo de David, el mejor espejo en que mirarse para pueblos subordinados y más pequeños o menos poderosos a priori, como lo fueron los hebreos dentro de los cuales surgió la leyenda luego mítica de David. En casi toda la civilización de raíz judeo-cristiana, el sufrimiento de la inicialmente perseguida cristiandad —luego superadora de su marginalidad perseguida inicial, cual nuevo David— se sumó y acumuló a la identificación con David, y al rechazo tan poco épico y generador de autoestima de la posición de Goliat, mucho menos promisoria y más sujeta a fracasos vergonzantes que la de David, que tiene mucho menos que perder en la acción que Goliat, desde el ángulo de su autoestima y del prestigio ante otros. El mundo ha perseguido estar en la posición de Goliat pero celebra a David, incoherencia del ideario y del ethos cultural. En cualquier recinto deportivo del mundo el más débil es vitoreado por la tribuna —si no hay otros elementos en juego para definir su posición ante los rivales—, así como se celebrará el perro que invade el campo y esquiva al que lo quiere capturar, y el polizonte será preferido a su captor. Toda la comicidad occidental, desde Chaplin hasta Tom y Jerry, descansarán en esa mitología fundante de David y Goliat, enriquecida, como veremos, por la picaresca española. Sugiero con fuerza que en la posición montevideana en el reino español y en los virreinatos, así como en la internalización del mito judeocristiano de David y Goliat pueden rastrearse fuentes de la relativa facilidad de la épica uruguaya para enfrentar a Goliats, así como de su relativa dificultad para desempeñarse como Goliat. Por eso les es mucho más fácil salir relativamente bien en finales o eliminaciones directas que en series eliminatorias de larga duración en que se arriesga a «jugar de Goliat», entre otros aspectos que hacen que las eliminatorias y torneos extensos sean menos motivadores que los enfrentamientos de todo o nada, clasificatorios o eliminatorios. Se arriesga el ridículo y la vergüenza, terrores para el uruguayo, sin el estímulo del desafío a David y la adrenalina de ir de «punto», posición

pasible de proporcionar honor, prestigio y gloria. No le vale la pena al uruguayo ningún esfuerzo que no pueda producir proeza, como le llama Veblen a esa marca de arcaísmo en la conducta. El elogio de los héroes infantiles que llegaron a ser los bandidos argentinos que no se rindieron a la policía uruguaya en el edificio del Liberaij del barrio Sur, mencionados por Jaime Roos en «Brindis por Pierrot», son otro ejemplo de folklore urbano posterior que puede acumular en este trasfondo histórico de larga duración. Ningún equipo de funcionarios de un canal de televisión comenzará a armar un escenario hasta que sus superiores no se desesperen diciéndoles que no tendrán tiempo de hacerlo. Nada más motivador para un arcaico uruguayo: lo armarán entonces en tiempo récord, «para los que no creían», con lo que además acreditarán rebeldía, que saben más que sus jefes, que son superiores al lugar laboral que les ha tocado inmerecidamente en suerte, y tantas otras insufribles minucias del retorcido y resentido carácter uruguayo.

c) Al Lazarillo de Tormes, el lado lumpen del pequeño desfavorecido.

Ese montevideano, oriental o uruguayo, pequeño pero importante, subordinado pero con su orgullosa cuota de autonomía, admirador subliminal de David, lo marcan también, tanto de picaresca española neo-renacentista como la latinidad arielista, con la pesada colaboración del ciclo artiguista en ella; quizás su producto más aplicable a la identidad futbolística, si no a la nacional, sea la «viveza o picardía criolla´. Lo que aquí sostenemos es que, a ese trasfondo antes aludido, podría sumársele la picaresca española neo-renacentista, del estilo del Lazarillo de Tormes, un anti-héroe proto-lumpen, antihéroe que también acumula al menú de alternativas que enfrenta un David, un pequeño, un desfavorecido relativo, todas situaciones en las que un montevideano, oriental o uruguayo podía considerar que se encontraba frecuentemente y dentro de las cuales debía decidir inspirado en mitos, leyendas, héroes e ídolos a mano.

d) La latinidad arielista como ingrediente sumado a lo anterior: pícardía y viveza criollas como resultado parcial.

La latinidad desde la que pensó y escribió Rodó podríamos imaginar que suma con facilidad en ese fondo, y que encaja con presteza en ese puzzle. La latinidad entra muy bien con ese trasfondo de David, Lazarillo y pequeño subordinado pero con orgullo autonómico y conciencia de su importancia estratégica pese a su pequeñez, como Montevideo para España; y confluye con esos rasgos hacia el producto que será la «viveza o picardía criolla». Si bien ni Ariel ni Proteo son identificables con un vivo pícaro, la especificidad latina, la especificidad americana, pensable como embrión de latinoamericanismo, bien podría ser un subproducto de esa conformación histórica identitaria que, luego de las peripecias vividas antes, suma a su manera una viveza o

picardía latina, no sajona, de David y de Lazarillo, no de Goliat ni de discapacitado —ciego— pero rico. De algún modo, la superioridad latina idealizada por Rodó radica en esas inferioridades materiales a priori pero que han sido superadas por algún fuego de superioridad inmaterial al modo de la de David, aunque también con el matiz del Lazarillo si fuese necesario. Lo que David —especie de Ulises hebreo— no tiene de lumpen lo aporta Lazarillo al imaginario identitario que va cristalizando en la picardía o viveza criollas. Los recursos técnicos y las reservas espirituales que caracterizarán la autoestima criolla nacional tendrán que ver con una latinidad filtrada por un trasfondo de David y de Lazarillo, personajes comunes y bien conocidos debido a la obligatoria escolaridad uruguaya. Ya hemos llamado la atención en otras ocasiones en la curiosidad histórica de que la iconografía futbolística en la pose de los equipos antes de un partido haya sido revolucionada por la posición de brazos cruzados al pecho que el capitán Nasazzi inauguró en la olimpíada de 1924 en Colombes. Ese es el gesto del Artigas pintado por Blanes en la Ciudadela, a requerimiento del presidente Santos como ícono patriótico inspirador. Otro ícono popular, no sólo omnipresente como David y Lazarillo, sino hasta tapa de textos de historia patria. No es descabellado aventurar que Nasazzi se sentía tan caudillo y representante cuasi-bélico de todos los uruguayos a partir de su capitanía futbolística en una arena ecuménica como Artigas en su coyuntura internacional entonces. Sería otra contribución de la socialización infantil en rasgos luego adultos y de todos. La picardía o viveza criollas son una acumulación de esa situación histórica con un imaginario de nobleza, destreza y valentía de David, la inescrupulosidad astuta y lumpen de Lazarillo y la latinidad arielista.

e) Los perros cimarrones de Artigas como insumo convergente.

La famosa expresión artiguista de que si tuviera soldados pelearía con perros cimarrones, una raza canina autóctona mezcla de razas europea, resulta simbólica porque no sólo expresa la determinación de pelear con las armas que se tuvieran, aunque fueran inferiores a las del enemigo de turno —aunque en realidad nunca fue tan suicida como para intentar pelear en gran desventaja, y de ahí su exilio paraguayo—. De todos modos, la frase pertenece al corazón de la moralidad uruguaya, porque los uruguayos la aprecian aunque su emisor nunca lo haya cumplido en su periplo sin frase artiguista mediante. Varias hazañas conseguidas por equipos uruguayos, y también a nivel de equipos intra-nacionales, en inferioridad numérica. A los 9 contra 11 de Peñarol contra Nacional puede agregarse el célebre partido en que Uruguay clasificó en el podio olímpico en Helsinki 1952 derrotando a Argentina con 3 jugadores en cancha contra 5 argentinos —cosa que hoy sería imposible pero lo era porque no había límite de tiempo de retención de la pelota por un equipo, hoy de 24 segundos—. Pueden lectores

o audiencia recordar otras hazañas consideradas como «uruguayas», que juntan esa importante pequeñez autonómica de David, el Lazarillo y una latinidad extraordinaria que hacía posible ganar eventos bélicos con perros cimarrones. Recordemos lo mucho de arielista que tiene el proyecto batllista, que creía que los americanos, libres de los conflictos ancestrales que aquejaban a los europeos, eran capaces de un mejor desarrollo y de vencerlos en la carrera del desenvolvimiento. Los triunfos deportivos y algunos destellos en las artes y letras podían apoyar esa creencia, porque sin duda que los nuestros peleaban con perros cimarrones en comparación con la infraestructura y los medios de otros artistas y deportistas —quizás hasta hoy—.

f) El nacionalismo criollo del último cuarto del siglo XIX como primera identidad construida, común a la Argentina.

El criollismo que es común al imaginario identitario rioplatense del último cuarto de siglo añade otro ingrediente identitario a los que hemos anotado como proviniendo a veces del fútbol, a veces de otros avatares históricos, pero siempre entretejiéndose luego. El Uruguay de la tierra purpúrea, del malevaje gauchesco, del duelo criollo, de la montonera gaucha, que sucede aproximadamente con los mismos contenidos en la Capital Federal y en la Provincia de Buenos Aires, convergen en la identificación nacional alrededor de una mezcla étnica y cultural supuestamente original e identificatoria, en la cual el aporte más específicamente identificatorio es el criollismo aportado por el gaucho y sus atributos de carácter y de cultura, que son neo mezclas de David y de Lazarillo reivindicación de un nacionalismo «criollo», tan característico de la primera fundación del imaginario nacional en el último cuarto del siglo XIX. Casi en ese momento surge el deporte institucionalizado en el mundo y también en el Uruguay, aunque en menor escala. Ya con el cambio de siglo aparecen los primeros clubes deportivos que adoptan nombres en español —o parcialmente— y que reivindican la nacionalidad uruguaya, a partir del uso de la palabra «nacional» en sus denominaciones, por oposición a la totalidad de nombres extranjeros de los clubes hasta entonces. Todos los equipos de fútbol tenían, en el siglo XIX, nombres en inglés de colectividades no siempre británicas sin embargo (i.e. Central Uruguay Railway Cricket Club, Uruguay Onward, Deutscher, Albion, Uruguay Athletic); frente a esos nombres surgen el Club Nacional de Football por oposición, y el Club Nacional de Regatas por oposición al Montevideo Rowing Club. Pero no debemos olvidar que los clubes que surgen a principios del siglo XX aún tienen nombres en inglés, aunque lo hayamos olvidado (Rampla Juniors, Wanderers, Central, Liverpool, River Plate, Racing). Los nombres puros en español comenzarán con la tercera generación de clubes (Bella Vista, Sud América, Defensor, Lito); tampoco olvidemos que la primera selección de fútbol de

Montevideo (1888) fue compuesta por jugadores del Montevideo Cricket Club y del Montevideo Rowing Club, alistándose en ella el introductor del fútbol en el Uruguay, el profesor de inglés William Leslie Poole, también autor del gol que coronó en alargue al Albion como primer campeón uruguayo de fútbol en 1900. El criollismo, común a los países rioplatenses entonces, fue la primera autoimagen que los países independientes adoptaron como identidad específica, que integraba al gaucho rural pero no a los afrodescendientes urbanos (que veremos son rescatados en exorcismo culpable por la expresión «garra charrúa» años después), resultaba una mezcla de latinidad arielista con todos los ingredientes que se habían acumulado hasta consolidar la picardía o viveza criollas, simbolizadas en el primer gran jugador de nombre español, contextura física de David y recursos de David y de Lazarillo: Juan Pena. Los equipos de marineros ingleses que recalaban en Montevideo y en Buenos Aires jugaban en tierra con conjuntos locales con resultados variados pero tendencialmente favorables a los forasteros. Cuando un equipo profesional inglés era el que jugaba las goleadas eran comunes, tal como ocurrió con las famosas visitas a ambos puertos del Southampton, creo que en 1906. El nacionalismo criollo, en ambas márgenes, incluye imaginariamente a los criollos urbanos y a la mezcla étnica y cultural con el gauchaje cerril de las pampas bonaerenses y orientales, y fortalece el complejo identitario constituido desde la historia global, que la futbolística comienza a reflejar (clubes nacionales en español versus clubes con nombre inglés). Pronto, la identidad futbolística se volverá tan importante para el orgullo e identidad nacionales que se puede decir que el imaginario del uruguayo, originado en la historia global pero reflejado en el fútbol, se invierte como fuente motriz del rasgo identitario: ahora el fútbol tomará la iniciativa en la producción de rasgos identitarios; desde los triunfos consecutivos de 1924, 1928 y 1930, acompañados por triunfos a nivel sudamericano, desde 1912, que mostraban una mejor figuración futbolística del Uruguay que la que correspondería a su lugar en el ranking de naciones subcontinentales.

g) Primera inflexión identitaria: ahora somos los mejores del mundo en algo.

La coincidencia del primer cuarto de siglo de oro económico-cultural en el siglo XX con la gesta futbolística más extensa (1912-1935), transforman la latinidad criolla cerril y menor en exuberancia técnica imbatible y fuente original de un imaginario identitario novedoso. Se podían ganar títulos sudamericanos en cierta paridad con los maestros argentinos, nación tanto mayor, y aventajar a todos los otros países sudamericanos mayores que nosotros. Se había podido derrotar a los argentinos muchas veces (desde el hito de 1903); jugadores uruguayos eran contratados desde Argentina y llegaban inmediatamente a la selección nacional de la otra orilla (Ángel Romano). Se ganaba una

olimpíada en momentos en que un cisma interno dejaba a la selección viajera con la mitad de los jugadores elegibles fuera de la selección, que, solucionado el cisma, vuelve a triunfar olímpicamente en 1928; el Mundial de 1930 sólo confirma una superioridad reconocida mundialmente aunque manteniendo una gran paridad con Argentina. El pequeño y orgulloso autonómico, David y Lazarillo, latino criollo orgulloso de todos esos rasgos, ya no era el pequeño aprendiz que prometía pelear hasta con perros cimarrones si no tenía otros recursos; pero, lejos de todo eso, Uruguay era ahora el maestro mundial que se enorgullecía de su predominio mundial desde el fútbol olímpico y mundial; y proyectaba las razones de sus triunfos deportivos como méritos y virtudes de todos los uruguayos. El fútbol reflejaba la búsqueda de una identidad nacional independiente hasta 1930; desde allí comanda esa búsqueda. Pero estos acostumbrados y reconocidos triunfos producen una primea inflexión en la trayectoria de constitución identitaria, tanto futbolística como nacional global; ya no es más el pequeño orgulloso autonómico, que se identifica con David y hasta a veces con Lazarillo y perros cimarrones desde su pequeñez y subordinación formal; ese orgullo nacional es latino y criollo, con inclusión en ese imaginario específico del gauchaje rural. Sin embargo, todo este complejo pero comprensible imaginario identitario paulatinamente conformado sufre una muy fuerte inflexión cuando triunfa en sudamericanos, olimpíadas y mundiales repetidamente; y el mundo los celebra como maestros y mejores del mundo. Ya la autoestima construida desde el fútbol se le reclama repetir como obligación patriótica a los futuros deportistas. Será una pesada mochila de gloria insuperable que perjudicará el rendimiento de todos los futuros representantes celestes, anímicamente cargados con Nasazzi, Scarone, Petrone, Piendibene, Lorenzo Fernández, Cea, Andrade y otros multicampeones. Cualquier derrota es temida como decadencia; sólo campeonar es festejable, toda otra clasificación es fracaso y los fracasados casi traidores de los semidioses ancestrales. O no se tiene «garra», o no se tiene «fibra patriótica»; no es pensable que no sean los mejores y no lo prueben. El pequeño se aburrió de ser el mejor, lo exige, se lo autoexige y no se conforma con otra cosa: la ebriedad de copas producirá infelicidad relativa y desmedidas exigencias para los nuevos deportistas. El pequeño orgulloso se transforma en grande temeroso de caer del pedestal.

h) La garra celeste.

La expresión «garra celeste» aparece como una de las explicaciones de los triunfos uruguayos ante los argentinos, que eran hegemónicamente interpretados como explicables por una virtud anímica que superaba la posible mejo técnica albiceleste. Así también se impone un significativo dicho de época —«ataque argentino, gol

uruguayo»—que, sin entender aún la posibilidad de ganar de contragolpe como legítima táctica que tiene en cuenta diversidad de virtudes propias y ajenas (habrá que esperar hasta el Internazionale de Helenio Herrera para entender que no siempre contragolpear es de inferior) converge en la imposición de una etérea cualidad supuestamente uruguaya y no argentina que sería la principal responsable de producir el triunfo del inferior o semejante sobre el superior o parejo; eso mantenía el ego porteño de técnicamente mejor pero no necesariamente por ello siempre ganador. Creo que es durante las crónicas periodísticas del Mundial de 1930 que esta tesis se impone: los uruguayos les ganarían a los argentinos (la doble final de Amsterdam de 1928, la final de 1930 por 4-2 luego de ir perdiendo 1-2) porque tendrían una «garra» característica de los que vestían camisetas celestes, un plus anímico de adrenalina, concentración, adaptación a una instancia decisiva con mucha tensión y stress, y ansias superiores de triunfo. Maestros del fútbol mundial desde 1924 hasta 1930, simplemente mejores aunque al mismo nivel técnico que los argentinos, se vuelven simplemente depositarios del fuego sagrado de la «garra celeste». Curiosamente, los uruguayos aceptan esa interesada creación argentina, que, desde el triunfo uruguayo de Santa Beatriz en Perú por 3-0 se consolida como caracteriología dominante e introyectada por los uruguayos. Uruguay, en 1935, estaba procesando una renovación generacional. De los 11 que jugaron esa final, uno solo era sobreviviente de los equipos que ganaron el sudamericano de 1923, los olímpicos de 1924 y 1928, y el Mundial de 1930: José Nasazzi, capitán de todos ellos. También había 2 que habían estado en 1928 y 1930, Lorenzo Fernández y Héctor «manco» Castro. El partido se recuerda como ganado por estos tres y en especial por la arenga de Nasazzi a Fernández recordándole la vergüenza que sufriría si volvía perdedor y con la sospecha de que había «aflojado» en dicha final; sin embargo, 8 de los 11 eran jugadores nuevos, sin antecedentes en la gesta celeste de los años 20 (también estaba Anselmo, pero no jugó, dentro de los 22 como integrante de la generación dorada); eran, pues, sólo 3 entre 11 titulares, y 4 entre 22 del plantel los que venían de la gesta 1923-1930, y sólo 1 (José Nasazzi, el capitán de todos esos años, que venía desde 1923.

i)La garra charrúa.

Uruguay había reivindicado como componente propio al criollismo con mezcla de población y cultura rural pero no había reivindicado el componente afrodescendiente de su mezcla. Por el contrario, pese a que dentro de sus deportistas destacados, los negros habían tenido lucido lugar, y en varios deportes (i.e. atletismo, boxeo) dicho componente no formaba parte explícita y reconocida, a pesar de toda la leyenda romántica de Andrade con la noble parisina durante las olimpíadas de 1924. Peor que a

los negros les había ido a los descendientes de indígenas; aunque en otros países de América Latina los indígenas habían sido discriminados y explotados por las élites de componente blanco básico, en el Uruguay hasta se intentó eliminarlos físicamente. Todo el largo episodio que involucró a los hermanos Bernabé y Fructuoso Rivera con el genocidio de Salsipuedes de los últimos charrúas sirva de preámbulo. Por esos tiempos comenzaba a reivindicarse el ancestro indígena en la región y Uruguay, sintiendo culpa por su pasado genocida indígena, decide lavar sus culpas y «adoptar» el ancestro charrúa como acervo fundante de la garra celeste. En realidad los charrúas no habían sido los indígenas numéricamente dominantes en suelo oriental, sino los guaraníes. Pero la leyenda de la indoblegabilidad de los charrúas (por oposición a la domesticabilidad guraraní en las misiones jesuíticas), unida a la otra leyenda de la muerte de Solís a sus manos en 1516 (indeleble recuerdo escolar infantil en el Uruguay), hacen que los uruguayos adopten les supuestas virtudes guerreras y anímicas de los charrúas al necesitar indigenizarse con la moda de la época. Entonces, la especificidad de la «garra» se le atribuye al ancestro charrúa. Y quede así inventada la ahora «garra charrúa» como sustitutiva coyuntural de la garra celeste y como nuevo ingrediente en la construcción histórica de las identidades futbolística y general, cuyos otros elementos, antes introducidos y mezclados, hemos referido en los numerales anteriores. Obsérvese que cada vez más los méritos específicos y característicos de los uruguayos tienen menores componentes de tecnicismo y civilización y mayores componentes anímicos y morales, atributos menos valorados por las culturas hegemónicas del momento. De ser los maestros y mejores del mundo en un deporte en claro ascenso a ser aquéllos que consiguen resultados por su garra nacional o indígenamente heredada, hay una distancia que desmerece tanto al fútbol uruguayo como a la supuesta uruguayidad que podría ser causa o consecuencia de esas herencias y atributos. De la cristalización híbrida de esa cerril latinidad criolla con un triunfalismo neo-europeo, pasamos a ser una colectividad que se define específicamente por la posesión de garra celeste, en el fondo herencia de una cualidad de indígenas primitivos eliminados de la demografía nacional.

Quizá convenga subrayar que esa sucesión de autoimágenes y de heteroimágenes, nacional e internacionalmente generadas en complejo entretejido histórico, se alejan cada vez más de la virtuosidad latina y de la maestría técnica universal en la medida en que se pierde progresivamente más, y se entra en relativa decadencia deportiva (también nacional). La esperanza se deposita cada vez más en los componentes mágicos de la garra ligada a los colores patrios y al ancestro exclusivo charrúa que a virtudes técnicas, físicas o táctico-estratégicas, lo que le hace mucho mal a la evolución de nuestro fútbol, que deberá esperar al renovador «modelo Tabárez» para recuperar virtudes que no sean

producto de mágicas esperanzas en emblemas patrios y en herencias anímicas indígenas, ambas irracionales e improbables como fuentes de probabilidad de éxito deportivo.

Esas imágenes, socavadas por decadencias nacionales y futbolísticas, se sostienen cada vez más esporádicamente, sentidas como desesperadas pseudo-confirmaciones de la grandiosa imagen construida hasta los años 50.

j) La segunda inflexión identitaria desde Malasia y la resignificación deportiva y cultural con O. W. Tabárez.

Este momento histórico, coronado con el cuarto lugar en el Mundial de Sudáfrica 2010, la obtención del título en el Sudamericano de 2011 y el cuarto puesto en la Copa Confederaciones de Brasil 2013, junto a lugares muy elevados en el ranking de países de la FIFA, se ve precedido por la muy significativa inflexión de la opinión pública uruguaya respecto de los resultados que merecían celebración. Para una generación de hinchas y ciudadanos malcriada con los triunfos de la generación 1916-1930, extendida hasta 1935, y salpicada por una mezcla de resultados desesperantes y buenos a través de la selección mayor, las juveniles, y los clubes grandes de Montevideo, casi solamente el título de campeón merecía festejo y felicitación; los jugadores eran víctimas de la necesidad de la población de exorcizar decadencias multiformes mediante los triunfos deportivos (en especial los futbolísticos). Incapaces de aceptar la decadencia relativa e imposibilitados psicosocialmente de admitir la posibilidad de ser lógica y merecidamente derrotados por otros equipos, los técnicos, pero más que nada los jugadores, se vuelven chivos expiatorios de un orgullo nacional herido, resentido y temeroso de perder el pedestal que predica que el responsable de la decadencia o del terror a ella es el aburguesamiento y falta de unción patriótica de jugadores millonarios por sus ingresos obtenidos en otros países y en especial en Europa. El muy meritorio cuarto puesto en el Mundial de 1970 en México, sin contar con el mejor jugador, Pedro Rocha, entonces jugador FIFA y gran estrella del torneo, no fue celebrado en absoluto, en oposición al 40 años posterior de Sudáfrica. Pero cuando esa malcriada generación ciudadana comenzó a desaparecer, las nuevas generaciones no se sentían ya tan obligadas a celebrar solamente los triunfos mundiales. Comenzó a valorar buenos resultados frente a países más poderosos, en el deporte más importante del mundo y uno de las espectáculo masivos más relevantes del planeta; el vicecampeonato de los juveniles en Malasia 1997 fue la primera vez que se celebra multitudinariamente en el Uruguay un vicecampeonato en fútbol; y es un hecho saludable la celebración justiciera de buenas actuaciones internacionales que descarguen a los jugadores de la muy pesada mochila de tener que ser campeones para no ser denostados como amorales traidores,

mochila que no solo pesaba psíquicamente sino técnicamente en la tranquilidad para reprimir violencia en la marca y en la coordinación fina para tocar y definir. El técnico Púa llevó a un psicólogo encargado de liberar a los jóvenes jugadores de paralizantes comparaciones con las diversas generaciones de semidioses deportivos a los que injustamente eran parangonados; y funcionó, no solo por los resultados sino por las declaraciones de los jugadores que evidenciaban no sufrir de los males que los celestes habían sufrido. Esta segundo inflexión identitaria no imagina el uruguayo pequeño, autónomo orgulloso, David-Lazarillo-Cimarrón, latino-criollo; pero tampoco al mejor del mundo obligado a ganar, que sólo festeja campeonatos: hay una nueva valorización de lo que significa la relación entre las potencia global del país y el mérito relativo de una clasificación en una competencia de orden mundial en el deporte más importante del mundo, uno de los mayores espectáculos del planeta, enorme fuente de producción industrial, comercial, financiera y comunicacional- turística. Es razonable que cualquier buena clasificación en una actividad humana de ese volumen deba ser celebrada como propia y enorgullecedora. Iniciamos una tercera etapa en la conformación de nuestra identidad como juego interactivo entre lo futbolístico y la identidad global.

Esta revolución psicosocial es continuada y profundizada durante el segundo período que el maestro Óscar Washington Tabárez asume en la conducción de una selección con rumbo a las Eliminatorias para un Mundial de fútbol. Le resulta muy difícil clasificar pero sorprende a sus compatriotas y al mundo con las performances que lo llevan hasta un cuarto lugar, estrechamente perdido, tanto en el partido semifinal como en el de disputa del tercer lugar. Quizás las revoluciones más trascendentes que Tabárez introduce son:

1. la eliminación de todo rastro de Lazarillo lumpen en la performance deportiva y en la vida cotidiana y el relacionamiento grupal. Los jugadores demasiado apegados al lujo y a la vida nocturna los elimina, arriesgando mucho en ello por el respaldo que algunos tenían en la opinión pública y en el periodismo deportivo ligado a empresarios deportivos cuyos intereses se veían afectados por esas desafectaciones;
2. cuidó especialmente la conformación del grupo humano que pasaría por tantos avatares y sinsabores que necesitarían de solidez psicosocial; ha sido criticado por conservar jugadores en el plantel y en el grupo con dudoso rendimiento actual y bordeando edades riesgosas de entrar en decadencia. Pero la entereza moral, el espíritu de grupo y la dedicación humana y profesional para defender al máximo una chance, perseguidos como valores básicos, dieron resultado;

3. impone la idea de que la recompensa puede ser triunfos pero que buena parte de la retribución está «en el camino», haciendo lo mejor, física, técnicamente, tácticamente, dando lo mejor de sí y por lo que se representa; pero además
4. persigue el «fair play» tan retóricamente defendido por Fifa.

Desde ya los años 60, sin duda en los 70, los jugadores uruguayos ganaron fama internacional de violentos e inescrupulosos, enfatizando las peores cualidades de Lazarillo. Incluso desde el Sudamericano de Montevideo de 1967, la rudeza excesiva de Baeza, Paz y otros se había trasmitido a otros violentos que luego fueron perversamente idolatrados por sus hinchadas y hasta celebrados con la celeste: Montero Castillo, Mujica, el «índio» Olivera, Trasante, Paolo Montero, ilustran casos de jugadores fuertes pero también violentos y malintencionados sistemáticamente que habían cristalizado a partir de la famosa plancha al estómago de Batista a un escocés en el Mundial de 1986. Pues bien, Tabárez se propuso revertir esa fama y también lo logró acaparando trofeos de «fair play», logro especialmente meritorio para jugadores de marca fuerte y que anclaban buena parte de las chances en una fuerte marca que en cualquier momento podía salirse de cauce. Tabárez, con todas sus medidas tomadas, borró huellas del componente Lazarillo del carácter deportivo uruguayo, al menos en sus más vistas apariciones públicas. Tomó muchas decisiones de un David contra Goliats; Uruguay planteó sus partidos desde la premisa de la superioridad del rival y desde la necesidad de que la máxima inteligencia, la máxima concentración, el mayor esfuerzo y entrega, la mejor solidaridad dentro y fuera del campo como grupo deberían galvanizarlo para perseguir así las mejores probabilidades, sin la seguridad del éxito pero con la satisfacción y conciencia tranquila de que se haría lo mejor, multiformemente, lo mejor física, técnica, táctica, estratégica y moralmente para ello, sin la certeza del éxito pero sí de otras satisfacciones. El haber sido «los mejores del mundo» le había prohibido a jugadores e hinchas disfrutar de algo que no fuera el triunfo; no importaba la rectitud del camino recorrido, que se suponía, además, malo, equivocado, vicioso, malintencionado y poco patriótico si no terminaba compeón. La generalización del modelo Tabárez puede tener consecuencias de larga duración en el cambio del carácter deportivo uruguayo, desterrando excesos de Lazarillo que la decadencia había tentado a utilizar con exceso; pero también aleja al malcriado obligado a triunfar y descalificador moral de cualquiera que no fuera campeón. Veremos cómo sigue la historia de nuestra identidad.